

VIOLENCIA Y SOCIOLOGIA

EN la sociedad industrial contemporánea, poblada de lenguaje y pseudolenguajes, de ruidos y de comunicaciones, de señales y de símbolos, dos discursos bien diferentes están de moda: el discurso de la violencia y el discurso de la sociología. Por supuesto: ni son los dos únicos discursos que monopolizan la actualidad, ni su audiencia colectiva es equivalente. Mientras que el mundo tiende a ser el escenario de la dialéctica universal de la violencia, la sociología sigue siendo, antes que nada, un lenguaje académico, con algún «sex appeal» publicístico fuera de los «campus». Más allá de sus radicales diferencias de estructura y de audiencia, algo tienen en común tan diferentes discursos: la propia pretensión de alcanzar el primer plano de la conciencia pública en la burocratizada sociedad de masas —sea lo que sea esa conciencia en una tal sociedad—.

¿Qué sería de los secuestradores de aviones sin la seguridad de que, más allá de todo azar personal, van a ocupar por un instante un primer plano de los medios de masas? Pocas operaciones más conseguidas en este sentido que la de los guerrilleros palestinos en la Olimpiada de Munich —lo cual se dice al margen de toda valoración sobre el asunto—. A la vez que se apunta un extremo, no conviene olvidar el otro: ¿qué sería de los medios de masa, cómo podría mantenerse la poderosa industria de su circulación expansiva, sin la violencia como estímulo permanente de su demanda pública? Sobre el rutinizado mundo de la existencia burocratizada, la rutinización informativa, producto de su propia organización industrial, debe consumir millones y millones de «bits» de violencia para mantener en movimiento el consumo creciente de una audiencia pública siempre al borde de la pasividad. No hay por qué analizar aquí más extensamente el significativo fenómeno de la «prensa amarilla» con sus enormes tiradas. En el cine de estos últimos años, la violencia deja de ser un ingrediente excitante para convertirse en tema central de la «conciencia imaginaria» (Edgar Morin) de nuestro supercivilizado mundo actual. Querría referirme sólo a dos películas, dos grandes éxitos mundiales. En «Perros de paja», de Peckinpah, la violencia,

Pocas operaciones más conseguidas en la pretensión de alcanzar el primer plano de la conciencia pública en la burocratizada sociedad de masas que la de los guerrilleros en la Olimpiada de Munich...



CARLOS MOYA

con su condición universal, disuelve la distancia entre el Nuevo y el Viejo Mundo, entre el «campus» de la gran ciudad norteamericana y el campo rural inglés; Kubrick, en «La naranja mecánica», planea la sociedad del futuro inmediato como reino universal de la violencia.

No hay que insistir sobre algo evidente: por mucho dramatismo que pueda alcanzar el lenguaje sociológico —de suyo limitado lógicamente a la pura precisión informativa—, nunca podrá rivalizar con la absoluta intensidad expresiva de la violencia. Una cosa es la moda

más o menos creciente de la sociología en los medios de información —valga el caso de Amando de Miguel en nuestro país—, y otra el que llegue a ser «noticia» en grandes titulares. (Aunque cada vez haya más sociólogos y más sociología en la específica confección de tales titulares.) Nadie se llame aquí a engaño: nunca será comparable el potencial de expectación pública que puede movilizar el comportamiento «monstruoso», «criminal», «heroico» o «revolucionario» de los protagonistas de la violencia, con el posible interés por los resultados

de la antiheroica legalidad y normalidad de los sociólogos. Así como la violencia pertenece al mundo de lo extraordinario —y en ese sentido es capaz de provocar desde angustia a entusiasmo—, el quehacer sociológico está indisolublemente ligado, en uno u otro nivel, a la rutina cotidiana de la vida académica, con su inexorable moderación expresiva. Que necesariamente congela «el grito y el pataleo», tal y como denunciaba Alfonso Carlos Comín en estas mismas páginas. El propio «quejío» de la economía política de Marx ha necesitado de los

VIOLENCIA Y SOCIOLOGIA

tres gruesos volúmenes de «El capital», con sus miles de horas de aburrido trabajo académico. Hasta Comin debe pagar este tributo: frente a la expresión explosiva del «Quejío» Lebrijano, la emoción romántica de su artículo está pasada por el agua del académico oficio de escribir sobre el academicismo sociológico.

Sociología y orden social

¿Qué tiene que ver la sociología con la violencia? ¿A santo de qué este balanceo literario entre la una y la otra? ¿No se tratará, una vez más, de la vieja trampa con que el ordenado discurso académico intenta conjurar la potencia caótica de la violencia? ¿No se tratará, una vez más, de disolver su fuerza encerrándola en palabras en los márgenes del mundo establecido? La última defensa contra la sistemática inmediatez colectiva de la violencia radica en su marginalización verbal: si de «mi lenguaje» arrinconan o borro la palabra «violencia», de «mi mundo» queda borrada o arrinconada la percepción racional de la violencia real. «Los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo. La lógica llena el mundo; los límites del mundo son también sus límites» (Wittgenstein). Sobre la compleja y azarosa realidad social se construye el lenguaje sociológico, que así deviene límite y frontera de lo que en él se constituye como mundo social. Y en una de sus intencionalidades objetivas más radicales, la constitución del mundo social por la sociología, la definición de lo social desde la sociología es la restauración del orden social sobre la violencia cotidiana y frente a la violencia cotidiana, cuya inmediatez caótica llega a saturar de angustia la existencia colectiva.

En este sentido, la sociología es un producto posrevolucionario, reformista, restaurador y hasta, si se quiere, contrarrevolucionario. Bien claro está en los propios orígenes históricos de esta ciencia social, en sus padres fundadores. Saint-Simon y Comte no tratan de hacer la revolución, sino de cerrarla. «La filosofía del último siglo ha sido revolucionaria; la del siglo XIX debe ser reorganizadora», escribe el conde de Saint-Simon hacia 1814. En 1848, casi a la vez que Marx edita su «Manifiesto», Auguste Comte funda la Sociedad Positivista, bajo la divisa «Orden y progreso». «La reorganización social, la única que puede acabar con la gran crisis moderna», sólo es posible mediante la constitución de «una teoría sociológica» (Comte, «Discurso sobre el espíritu positivo»). Hay que «determinar sin utopía el futuro social»

—hay que establecerlo científicamente, sociológicamente— para «terminar con la revolución». La caótica inmediatez de la violencia, un legado de la Revolución francesa, se hace insoportable: frente a la violencia del caos colectivo se hace necesario instaurar el orden social. Y la sociología se funda así como instrumento científico de la reorganización colectiva: como ciencia del orden social. Cuyo propio desarrollo histórico postula el advenimiento de la sociedad organizada como cumplimiento de la racionalidad tecnocrática. Pero con esto no hemos hecho sino iniciar el tema. Lo cual es muy distinto que darlo por concluido. Significativamente, a lo largo de toda la argumentación positivista de Comte contraponiendo revolución y orden social, y cancelando aquella en éste, no hay una sola mención de la palabra violencia. La sociología, para reorganizar prácticamente la sociedad, comienza por reorganizar semánticamente su conciencia científico-racional. Afirma el postulado teórico del orden social como supuesto central que permite explicar toda la dinámica social, y así hace innecesaria o marginal la utilización de la palabra violencia. Con lo cual se ha dado un gran paso hacia la instauración del orden positivo: pese a toda posible evidencia cotidiana, la violencia, por obra y gracia del lenguaje «científico-positivo», resulta algo socialmente innecesario, algo accidental y contingente respecto a la necesidad del orden, esencia absoluta de todo sistema social. La violencia, en definitiva, sólo se produce en el intervalo crítico entre la descomposición del viejo orden —el antiguo régimen— y el establecimiento del nuevo orden positivo de la sociedad industrial. Así la ciencia alivia la angustia del sentido común burgués, reconfortando con la promesa del orden toda tensión existente, todo estallido conflictual. Necesario consuelo ante el explosivo destino de esa sociedad que entonces se pone en marcha: en el centro de la propia dialéctica de la industrialización capitalista habita la violencia absoluta de la lucha de clases.

Definimos tal conflicto como consecuencia de la crisis anómica que sufre la sociedad. La anomia no es sino la ausencia de normas sociales; la sociedad es, ante todo, un orden moral, un sistema de normas y valores. Si en la sociedad existe aquel conflicto colectivo, ello es debido a la ausencia de normas, al vacío anómico que se produce en el paso del antiguo régimen al nuevo orden industrial todavía incompleto, inmaduro. Cuando se haya desarrollado suficientemente este nuevo sistema de normas, acabará por desaparecer el fantasma angustioso de la guerra civil. Con tales formulaciones fundamentales, Durkheim,

el gran sociólogo francés, deviene a la vez máxima legitimación científica para la III República Francesa. En 1893 —veintitrés años después de la masacre de la Comuna de París— ha publicado Durkheim su primer gran libro, «La división del trabajo social», conteniendo todas aquellas formulaciones. La matanza de 1870 constituye el más sólido cimiento para la nueva figura del orden social —la «democracia industrial»—, que entonces se ensaya en Europa; la razón científica del nuevo orden —legitimación última en la secularizada «sociedad de mercado»— la ofrece la sociología, cancelando así, imaginariamente, la violencia de su fundación histórica.

Orden público y teología: los sociólogos de la paz americana

No parece que los sociólogos positivos hayan conseguido eliminar los conflictos de clases. Tampoco resulta evidente que el orden social que sobre la sociedad industrial se impone disuelva definitivamente la memoria de su violencia originaria, o la súbita aparición de la violencia en su práctica cotidiana. Pero lo que sí está claro es que, en nombre de la ciencia, la sociología positiva ha hecho posible considerar toda violencia como un acontecimiento aberrante, marginal, respecto del sistema establecido: pura desviación patológica, cuya disfuncionalidad acabará siendo erradicada por obra y gracia de reajustes y reformas a partir de la científica tecnología social que ahora se constituye.

Alguna vez habrá que investigar las profundas conexiones simbólicas que vinculando orden social y orden público otorgan a los sociólogos su prestigiosa condición de agentes del orden colectivo. Ni antes ni después de la revolución industrial ha sido muy pacífica la sociedad occidental europea. Pero al margen de las guerras mundiales y las guerras civiles, de los motines y de las revoluciones de estos cien años, lo que sí parece claro es que en Europa el orden público es, actualmente, una rigurosa y sólida institución colectiva. Salvo en momentos críticos, los ciudadanos europeos se hallan rigurosamente protegidos los unos de los otros, hasta el punto de que eso que se llama «el crimen» ocupe un puesto de tercer orden en las estadísticas gubernamentales. La cosa es muy distinta en América: difícilmente se puede hablar allí de orden público en el sentido europeo.

En Norteamérica, que es lo que ahora nos interesa, el crimen es una institución, cuya organización

en términos de mercado reproduce el famoso modelo de Galbraith. De una parte, la gran organización industrial, el «crimen organizado» en conexión con la «tecnología»; de otra, los empresarios libres, la mediana y pequeña empresa, cuyo eventual crecimiento va a encontrar su techo en esa tecnología en cuyo marco se produce la simbiosis entre los intereses públicos y privados, la cúspide de la organización del mercado que fija los precios decisivos y establece los criterios políticos del «bien común». («El padrino», la película de Marlon Brando, es la épica escenificación del momento en el que el consorcio italiano de empresarios privados de la violencia llega a incrustarse en la tecnología.) Todo el mundo sabe que en los USA los indios han sido prácticamente exterminados; que todos los ciudadanos poseen la libertad democrática de comprar y utilizar sus armas; que en su momento, los «gangsters» fueron decisivos para acabar o institucionalizar sindicalmente la lucha de clases; que en algunos Estados, «un negro muerto vale más que uno vivo», y que la violencia racial es patrimonio nacional de la Unión; que las grandes ciudades son escenario permanentemente abierto para la función «amateur» o «profesional» del crimen; que la Policía protege, pero mucho menos. Todo el mundo sabe todas estas y otras cosas —y quizá la menos irrelevante sea el que después de la explotación de «garrones» que Teddy Roosevelt montó sobre Latinoamérica, la exportación internacional de violencia parece haber consagrado al Pentágono como una primera potencia industrial de alcance mundial. Todo esto se sabe. En la existencia cotidiana dentro de los USA —dentro de sus grandes ciudades—, la violencia resulta algo inmediatamente evidente. Pues bien: en este mismo marco social —y coincidiendo con la victoria de la segunda guerra mundial— surge y se desarrolla la gran teoría del orden social que se va a imponer, a nivel internacional, como ortodoxia de la sociología académica: el funcionalismo.

«El sistema social» (1951) va a ser la biblia de los sociólogos funcionalistas, y su autor, Talcott Parsons, su profeta. Si la escuela durkheimiana se convirtió en la Escuela Francesa de Sociología, consiguiendo prácticamente el monopolio de los puestos académicos nacionales, la ortodoxia funcionalista, sobre la base de la Asociación Americana de Sociología (USA), va a alcanzar una expansión universal en el mundo occidental. En las diecinueve páginas que constituyen el nutrido índice alfabético por materias del grueso libro de Parsons (575 páginas) —en el que aparecen todos los conceptos claves del funcionalismo—, ni una sola vez apa-

rece la palabra violencia. La integración social en términos de valores y normas —la nueva definición científica del orden social— es el postulado teórico fundamental de la nueva ortodoxia sociológica.

La sociología de Talcott Parsons resulta tan utópica con respecto a la realidad empírica norteamericana como lo pudiese ser la teoría del bien común de Santo Tomás de Aquino respecto de la caótica y conflictual sociedad medieval en que surge y alcanza vigencia. El éxito académico y social de tan distantes especulaciones —y otro tanto se puede decir del positivismo sociológico de Durkheim— se debe a una dimensión de tales discursos, cuyo sentido queda al margen de toda lógica científica positiva; como que su significación sólo se cumple en el mundo celestial de la teología. Por descontado: frente al cientificismo de los sociólogos, Santo Tomás era plenamente autoconsciente de su condición de teólogo; nunca pretendió analizar y explicar la realidad empírica de la sociedad medieval, sino sólo hablar sobre su «trascendencia colectiva»: los reinos de la tierra, en cuanto reinos cristianos, sólo alcanzaban su legitimación en cuanto simbólicamente referidos a esa imagen de un orden social eterno ofrecido por el Reino de los Cielos. La misma significación trascendente propia del discurso del aquinatense es la que domina inconscientemente el pensamiento de Parsons, por debajo de todas las máscaras académicas del cientificismo positivo. Allí donde la imagen del orden social no consigue velar la inmediatez de la violencia, allí donde no existe una legitimidad colectiva que llegue a sustentar el orden social a escala de la sociedad global real, acude el lenguaje sociológico para remediar la situación: como punto de partida y clave teórica para toda posible explicación científico-social de tal realidad se establece el postulado del orden social legítimo. Y es de esta forma como en nombre de la ciencia se consigue reconciliar la violencia cotidiana de la realidad colectiva con la imagen trascendente de un teórico orden social, que constituye una última legitimación colectiva para la sociedad norteamericana.

Se puede esquematizar la estructura implícita de este singular discurso sociológico-teológico. Sólo se puede explicar la dinámica de una sociedad a partir del orden que en ella reina: a partir de los valores fundamentales de esa sociedad, que gobiernan idealmente las normas que a su vez regulan la existencia colectiva de sus concretos miembros individuales. Pero es evidente que los Estados Unidos constituyen una sociedad —y, por tanto, suponen un sistema de valores—. Más aún, resulta evidente que tal sociedad

—por su propio poder y prestigio mundial— es el modelo universal de sociedad industrial (al menos a escala occidental) para todo el mundo industrializado o en proceso de desarrollo industrial. Y así, de la misma forma que el dólar funciona como moneda mundial de referencia, los valores que gobiernan la sociedad USA se presentan como valores universales. De todo lo cual se infiere que la estructura de la sociedad norteamericana es el orden social resultante de la vigencia colectiva de ese específico sistema de valores «universalista» (Parsons). El orden social norteamericano no sólo se da como una absoluta realidad, sino como realidad modélica a escala universal: como el reino de la Tierra en el que por fin acontece empíricamente un orden social de validez universal.

En la práctica cotidiana, en la inmediatez fáctica del acontecer social, la realidad del orden social norteamericano ni siquiera alcanza la mínima consistencia del orden público europeo. Pero no hay que olvidar que el primer gran impulso al desarrollo de la sociología en cuanto ciencia específicamente «americana» es una secuencia académico-política de la crisis de Wall Street en 1929. Cuando se hundieron los valores de la Bolsa, hundiendo la última pretensión de eternidad con que parecía reinar la razón providente del mercado, ascendió el globo de la sociología: sobre el vacío celestial de aquella ruptura radical del «sueño americano» se montó el nuevo firmamento científico-académico de los «valores de un sistema social universalista». La propia trascendencia empírica de tal construcción teórica respecto del acontecer real sirvió para dibujar la ilusión académica de su legitimidad colectiva por encima de la violencia y de los conflictos de la sociedad norteamericana.

Hace algunos años ya que la guerra de Vietnam y la explosiva revuelta de los «ghettos» negros —por no citar más ejemplos de violencia inmediatamente patente— han llenado de agujeros la imagen del orden social que la sociología académica proyectó sobre el cielo norteamericano. Académicamente, la sociología funcionalista está en crisis en USA. De ningún modo la sociología, cada vez más boyante académica y extraacadémicamente. Lo mismo vale para el resto de la sociedad industrial. Algo más que teólogos y funcionarios del orden social deben ser los sociólogos para que en un mundo tan violento como el nuestro sigan manteniendo, expansionivamente, su prestigio científico.

De una forma latente, negativa, se ha encuadrado el tema que preside el título de este artículo. Su desarrollo, su clarificación debe esperar a una segunda parte. ■ C. M.

Las creaciones Boyman

Diolen®*
para él

Máxima distinción
en el vestir.
Máxima comodidad
en escoger:
llegar, ver y vestir



* Made in Europe